

SOBRE UNA EXPOSICION DE FUNDAS DE DISCO

En la Cúpula del Coliseum, de Barcelona, ha tenido lugar una exposición de fundas de disco de jazz. Se trató de uno de los muchos actos organizados con motivo de la concesión del "Gran Premio". Ahora bien ¿ha sabido darle el público la real importancia que merecía? Son muchas las personas que por ella desfilaron, pero tal vez atraídas más por el señuelo de presas inmediatas —coloquio, conferencia de Mezzrow—, que no por la exposición en sí.

No obstante, creemos que podemos bosquejar sobre ella un par de ideas que nos adviertan de su valor significativo. La exposición estaba deliciosamente dispuesta, ambientada con unos paneles de Riera Rojas, que dieron al conjunto del material expuesto la unidad necesaria para convertir la sala en una especie de diamante, cuyas facetas pudieran verse desde el interior. Pero no se trata de la disposición general del ámbito, por bella que fuera, ni de las fundas que ganaron el trofeo del FAD, por justo que nos parezca el fallo. Lo importante radica en que haya sido posible celebrar una exposición de cosa tan baladí e intrascendente (en apariencia) como son las fundas de disco. A. Cirici Pellicer disertó sobre el tema en la misma sala y dimos una conferencia magistral, advirtiéndonos del alcance que este aspecto menor de un arte había logrado en nuestra época.

Recordamos ahora aquellas palabras de Sir Thomas Browne que dicen: "¿Cuál era la canción cantada por las sirenas? ¿Con qué nombre se escondió Aquiles entre las mujeres? Preguntas difíciles de contestar, ciertamente, pero que no escapan a alguna conjetura". Cirici nos demostró que puede resultar difícil, pero no imposible, relacionar el arte decorativo de las fundas de disco con los problemas más importantes de nuestro tiempo —religiosos, económicos, políticos— o del pasado. Y lo mejor del caso es que tenía razón.

En el FAD también y no hace muchas semanas disertó el gran arquitecto italiano y teorizador del arte Alberto Sartoris sobre el tema "La integración de las artes en la Arquitectura". La conferencia de Cirici parecía la segunda lección de un mismo tema. Y es que, en efecto, estamos viviendo ante convulsivos problemas

de orientación estética. Puede que el gran público aun no esté advertido de ello, pero cuando se trate —dentro de unos años— de valorar las actividades de nuestro tiempo, de recordar con cierta nostalgia esos primeros pasos que unos pocos hemos comenzado a dar en pro de una mayor y mejor dimensión de la música de jazz, no creo que esta exposición de fundas y las palabras que Cirici pronunció sobre ella se nos antojen cosas livianas. Al contrario: creo que tal vez habrán pasado al-

gunos idolillos a los que hoy no regateamos nuestro aplauso o nuestro apoyo y, en cambio, el fenómeno que nuestro sismógrafo registró por estas fechas, habrá cobrado tales proporciones que los que hoy pueden sonreír con aire protector deberán rendirse ante la evidencia. No, no hablo de que cada día se vayan a fabricar más y mejores fundas. Eso carece de importancia, en el fondo. Me refiero a que el fenómeno de las fundas es un aspecto más —y no uno de los menores—, muy característico, de la proyección artística y espiritual de nuestra época.

BREAK

El Jazz y los hombres que lo crearon

Milton «Mezz» Mezzrow ha estado de nuevo en Barcelona. ¿Cuántos acudieron al Prat, para esperarle? Sí, claro... Falló la propaganda, falló el señuelo de un escote acogedor, falló... ¿En serio? Falló la sensibilidad del gran público, ignorante aún de que Barcelona ha tenido de huésped, por unos días, a un hombre de gran inteligencia, extraordinariamente bondadoso, cultivado, con un anecdotario de fábula, simple y tierno. Un hombre, en fin. ¡Y como andamos tan sobrados de ese material!

El mediodía era apacible y soleado Mezzrow bajó del avión, con su paquete de discos en la mano (los discos que debían ilustrar la conferencia) y su figura —aire jovial, pelo plateado— armonizaba delicadamente con el paisaje y con la luz.

Tras convivir unas horas con él no es posible hablar objetivamente de su conferencia. ¿La recuerdan Vds.? Habló muy sintéticamente de jazz, con su francés esmaltado de pintorescas interrupciones. Presentó discos muy buenos y otros que no lo fueron tanto. Hubo la novedad de una cinta magnetofónica, con Jimmy Rushing tocando al piano en la casa del propio Mezzrow. Pero todos esos detalles, que deberían haber constituido el plato fuerte del acto, quedaron a un segundo término ante la presencia viva y palpitante del propio Mezzrow.

Se ha hablado mucho, estos días, de su obra «Really the blues». Pero nos tememos que son muy pocas personas las que la han leído. Se trata de una autobiografía de considerable valor, no ya para el amante del jazz y de las figuras que de él se nutren, sino para el lector en general. A través de sus páginas se nos ofrece un panorama de los Estados Unidos bastante distinto de los que normalmente nos fabrican en Hollywood. Esta amargura que, en términos generales, el artista norteamericano experimenta al contemplar su propio país (recordemos a

O'Neill, a Lewis, a Miller, a Steinbeck, a Williams), entreverada de ensueños poéticos y de posibles evasiones hacia otro mundo menos mecanicista, quizá, si algún día se considera a fondo, se verá como un último aliento de los pueblos del Sur en pugna con los yanquis.

El ambiente de «Really the blues» es opresivo, tenso, con láminas de triste delincuencia, con amargas consideraciones sobre el uso de las drogas, con cárceles y cabarets y vicio. Pero también con un trémulo y profundo amor hacia la raza humana, hacia los oprimidos. El público no aplaudió al conferenciante, sino al hombre y a todo cuanto aquel hombre representaba en aquellos momentos. Mezzrow, caballerosamente pulcro, aguantó los embates de una ovación que se prolongaba por minutos. Pero, al fin, no pudo resistir y las lágrimas empañaron sus ojos. Supo, comprendió, que se hallaba entre amigos y que su paso entre nosotros no había resultado estéril.

Al día siguiente nos dio su mensaje no con palabras, sino con el clarinete. Y en los Salones del Hotel Colón el clima subió muchos grados. Personas que asistían a la cena por simple simpatía con los organizadores comprendieron, aquella noche y gracias a Mezzrow, que el jazz era, como tantas veces se ha dicho, la expresión vital de un pueblo. Pero la frase quedaba en frase para ellos hasta que Mezzrow la convirtió en materia viva.

Mezzrow partió de nuevo. Sin grandes comitivas que le acompañaran. No importa. Los ídolos fáciles también se derrumban con facilidad. Mezzrow ha hecho algo más que entretener a muchos; ha ganado para siempre a unos pocos, pero esos serán amigos suyos toda la vida. Creo que es el mejor homenaje que se le puede rendir.

SPOT